

Mons. D. Jacinto Vera

Notas Biográficas

por

RAFAEL ALGORTA CAMUSSO

Prefacio por el Dr. Juan Zorrilla de San Martín

Edición de la Congregación Mayor del
Colegio del Sagrado Corazón, de los PP. Jesuitas

MONTEVIDEO

Ortiz y Carrón - Editores, 1924

1931

2007

Mons. Don Jacinto Vera

Notas biográficas

por

RAFAEL ALGORTA CAMUSSO

Prefacio por el Dr. Juan Zórrilla de San Martín

Edición de la Congregación Mayor del
Colegio del Sagrado Corazón, de los P.P. Jesuitas

MONTEVIDEO

Urta y Curbelo - Soriano, 1023

1931

Puede imprimirse.

Montevideo, abril 9 de 1931.

ANTONIO S. ARDOINO,

Vic. Gen.

Nihil obstat.

Montevideo, 9 abril 1931.

JUAN F. SALLABERRY S. J.

Censor.



Mons. Don Jacinto Vera

Mons. Don JACINTO VERA

INTRODUCCION

Los hijos preclaros de una nación constituyen su más grande gloria y son motivo de legítimo y sano orgullo patrio, cuando la posteridad agradecida reconoce sus méritos; por eso hoy los orientales católicos estamos de parabienes y lo estamos doblemente: como orientales y como católicos. Y el motivo de esa alegría no es otro que el de haberse ya dado los pasos preliminares indispensables para introducir en los tribunales competentes la causa de beatificación de nuestro Primer Obispo Diocesano, supremo honor a que puede aspirar en la tierra un alma cristiana.

Dentro de poco hará 50 años del día en que Don Jacinto Vera fué a recibir el premio de su strabajos y fatigas. Muchos viven aún que le conocieron y trataron, muchos que conocen uno a uno los rasgos más salientes de su personalidad y que le veneran con la fama de santidad que tuvo en vida; pero hay otros que no saben más que esta última opinión general y no conocen detalles de esa vida tan interesante para nuestra Religión y para nuestra Patria. Dar a conocer ordenadamente los principales puntos de esa vida es el objeto de estas notas biográficas.

La fuente principal de informaciones es la "Biografía del Ilmo. y Revmo. Señor Don Jacinto Vera y Durán, Primer Obispo de Montevideo" por el Dr. Lorenzo A. Pons, Presbítero, editada en Montevideo por los talleres de A. Barreiro y

Ramos en 1904; obra que al decir de Monseñor Soler, toda una autoridad en la materia por lo que él era en sí y por lo que conoció y trató al Sr. Obispo, “da del personaje biografiado, una idea y un concepto muy exactos”.

Tenemos además una copiosa información personal, de testigos que el Dr. Pons no conoció y que, como siempre sucede en casos como éste, después de publicada la obra se presentan diciendo lo que en ella no está consignado y que a su debido tiempo pudieran haberlo hecho con mayor eficacia.

También hay bastantes documentos que el esclarecido y meritorio autor no tuvo presente y que poco a poco van saliendo del olvido.

Con todo eso, pues, se han formado estas notas que no tienen otro objeto que vulgarizar la VIDA DE MONSEÑOR VERA y hacer que llegue a todos los hogares orientales para que todos ellos, sean de las creencias que fueren, vean que tienen motivos para enorgullecerse de ese oriental que sirvió a su Patria como el mejor.

RAFAEL ALGORTA CAMUSSO.

Montevideo, Marzo 25 de 1931.

Pequeño prefacio

El honor, y, más que honor, la alegría de encabezar con algunas líneas este resumen de la biografía de Monseñor Vera me cabe en suerte porque, aunque sin méritos, soy presidente de la Congregación Mayor Mariana de Montevideo, que ha dado el primer paso hacia la beatificación de aquel insigne varón de Dios. Pero más aún que por eso, hablo aquí por que soy algo así como un sobreviviente, un testigo de lo que narra y dice esta biografía; soy uno que puede, por lo tanto, ratificar lo que aquí se dice con una cierta autoridad, y casi en nombre de una generación pasada. La mía, la que pasó, o está pasando por el tiempo, dice por mi boca que es mucho verdad que Monseñor Jacinto Vera, el primer Obispo de Montevideo, que en esta biografía mi Congregación hace conocer de todos, fué lo que se llama un santo. Yo lo dije en voz alta, en el atrio de nuestra Catedral, cuando, hace mucho tiempo, cincuenta años, en Mayo de 1881, lloré con el pueblo, con todo el pueblo del Uruguay, sin una sola excepción, ante el cuerpo yacente de aquel su querido prelado; también lo dije cuando, en Diciembre de 1905, juzgué este libro del doctor Lorenzo Pons, este que, en interesantísimo resumen, y enriquecido de datos nuevos, que el doctor Pons no podía conocer, debemos a mi predilecto compañero de congregación Rafael Algorta Camusso, y que me ofrece la ocasión de afirmar, una vez más, que lo que aquí se dice es la verdad; que aquel primer obispo de Montevideo, tan querido de mi generación, tan venerado por ella, era un hombre de virtudes heroicas; que no es, por lo

tanto, una ilusión el abrigar la esperanza, que hoy abrigamos, de ver incorporear a la constelación de nuestros héroes nacionales el héroe por excelencia, el solo verdaderamente, totalmente heroico: el santo.

Que sólo será eterna la memoria del justo.

La Congregación Mayor de Montevideo hace obra de patriotismo, al par que de religión, al tomar con pasión, como la ha tomado, la de la beatificación del insigne varón uruguayo que fué primer Obispo de Montevideo; la patria no tiene gloria más pura; no la tiene más alta.

No es este el sitio ni la ocasión de exponer los títulos a la exaltación de mi inolvidable prelado; pero sí la de dejar traslucir siquiera la especial alegría con que acompaño a mis hermanos en esta obra de fe religiosa y de fe nacional y de esperanza; el júbilo con que recojo el honor de que mi nombre quede a la cabeza del proceso que va a instaurarse ante tribunal competente, y quede aquí, en la primera página de este pequeño libro.

Me parece que con Monseñor Vera, se santificará nuestro Uruguay querido, a quien él amó tanto, y sirvió y evangelizó. Nadie lo ha querido más que él; nadie lo ha servido más. Llego a creer que yo mismo comparto la gloria del culto que buscamos para el primer Obispo de Montevideo, como si fuera una herencia de familia.

Lo es su nombre y lo será su gloria, a buen seguro, si obtenemos el verlo nosotros o nuestros pósteros en la de los altares; la más preciada herencia de la familia uruguaya.

Yo quisiera reflejar aquí, en rápida semblanza, la imagen de aquel hombre de virtudes que tengo en mi memoria, y pasa por ella llena de vida, identificada con todos mis recuerdos, con el calor de mi hogar, con mis primeros entusiasmos pa-

trios, con mis ilusiones primeras... No cabe aquí; pero puesto que, como dije al principio, yo tengo algo del sobreviviente, del testigo; y puesto que no me es dado entrar a enumerar las virtudes heroicas de aquel insigne varón, porque sería muy largo, quede aquí mi primera deposición en el proceso: digo, en conciencia, que, **NO RECUERDO UNA SOLA IMPERFECCION EN AQUEL HOMBRE** a quien conocí y traté desde niño; su sombra es todo pureza, todo luz.

En cuanto a las perfecciones, a las virtudes heroicas, ellas están indicadas en esta pequeña biografía, que yo confirmo y aplaudo de corazón, y que sugerirá nuevas investigaciones y hará bajar mayor claridad desde lo alto sobre los espíritus; ella basta también para despertar en las nuevas generaciones la admiración y el amor y la devoción hacia el hombre que fué el objeto más señalado de la mía, y para estimular a todos a cooperar, con recursos, con estímulos, con oraciones, en la obra de aproximar el día en que nuestra previsión anhelante se realice: en que Monseñor Jacinto Vera, el santo uruguayo, suba al altar.

Pienso, al escribir estas líneas, en algo de infantil; en si yo, el sobreviviente, el viejo testigo, llegaré a ver ese dichoso día; en si me alcanzará esta vida que voy viviendo para verlo rayar en el horizonte...

¿Y por qué no?

Siento en mí una grande esperanza que se mueve... No sé si es porque espero que la vida sea muy larga, o porque el proceso de beatificación de Monseñor Vera sea muy corto. Es lo mismo. Todo lo que tiene que acabar es corto, y está todo en manos de Dios, que es El sólo que hace los santos, y, por órgano de su infalible Iglesia, los pone en los altares.

Que Su voluntad se haga en nuestra tierra como en nuestro cielo.

Y que Su gloria se manifieste a nuestros ojos, como en la luz de sus estrellas, en el resplandor de los bienaventurados a quienes invocamos.

Y que uno de ellos, el que hoy ocupa nuestro recuerdo, resplandezca especialmente en nuestro firmamento, para nosotros, para nuestro Uruguay, a quien él amó particularmente en la tierra, y sigue y seguirá amando desde el cielo... Así sea.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

Montevideo, 19 de Abril de 1931.

Notas biográficas

de Mons. Don JACINTO VERA

I. SU NIÑEZ

D. Gerardo Vera y D^a Josefa Durán, fueron los padres del Sr. Obispo. Ellos eran oriundos de las Islas Canarias y su ocupación la labranza de la tierra. En viaje al Uruguay en 1813, y a la altura de Santa Catalina, nació su hijo Jacinto el 3 de Julio de dicho año y fué bautizado en la Parroquia de "Nuestra Señora do Desterro", de aquel Estado del Brasil. Allí permaneció dos años la familia de Don Gerardo Vera y al cabo de ese tiempo siguió su viaje interrumpido por los sucesos políticos y desembarcó en Maldonado, donde se estableció en unos campos arrendados. En ellos pasó ocho años hasta que Don Gerardo pudo adquirir en las inmediaciones de Toledo, un campo en el que continuó sus tareas de labrador aumentándolas con una tahona. Ese campo estaba a legua y media de la antigua e histórica Capilla de N. S. del Carmen, la Capilla de Doña Ana Cipriano, tan nombrada en nuestros anales históricos. Allí en ese gracioso templo, hizo su primera Comunión el futuro Obispo, habiéndole preparado para tan grande acto su virtuosa madre y los Padres Franciscanos del Convento de San Bernardino de Montevideo a donde acudía algunas veces acompañado de sus padres.

II. SU ADOLESCENCIA Y JUVENTUD

Allí en esos campos de Toledo pasó la niñez y primera juventud de Don Jacinto, ayudando a su padre y a sus herma-

nos menores en las tareas rudas propias del oficio con las que se sostenía la casa.

Su padre —católico de pura cepa y hombre de gran caridad— solía ir a Montevideo por sus negocios y ventas de los frutos de su chacra. Como era costumbre en aquellos tiempos, llevaban su mercancía en carretas en las que iban también las mujeres y niños que debían trasladarse a la ciudad. Andando los años, Don Gerardo ya relacionado en Montevideo supo que la *Casa de Ejercicios* se estaba haciendo con limosnas y en más de una ocasión llevó personalmente la suya que consistía en carradas de ladrillo fabricado en su campo. En esa tarea le acompañaba su hijo Jacinto quien años más tarde se complacía en recordar esos tiempos en que a caballo picaneaba los bueyes paternos desde la chacra hasta la ciudad. En esa misma Santa Casa a la que tan íntimamente se había vinculado la familia Vera, hizo por primera vez sus Ejercicios Espirituales el joven Jacinto el año 1832 a los diez y nueve años de edad.

III. SU VOCACION SACERDOTAL

Hay una circunstancia muy de tenerse en cuenta para formarse una idea de lo que era Vera en esos años. Es el caso que cuando en la chacra de sus padres decidió, accediendo a una invitación colectiva que había hecho a la campaña el Director de los Ejercicios, ir a practicarlos, le salió una especie de tumor en una rodilla que lo tenía medio inmóvil. Su madre al ver en el estado que estaba quiso disuadirle de la idea de ir a la ciudad en tan mala situación, pero se encontró con que la resolución de su hijo era inquebrantable, pues tenía un fundamento sobrenatural. A las observaciones domésticas respondía siempre imperturbable: *He de ir a los Ejercicios porque esto es el Demonio que se ha metido en la rodilla; pero iré a los Ejercicios.*

Este rasgo de carácter y de piedad se lo pagó el Señor que paga siempre el ciento por uno, con la gracia que Don Jacinto apreció más en su vida: con la vocación sacerdotal.

IV. SUS PRIMEROS ESTUDIOS Y SU SERVICIO MILITAR

Mucho tuvo que luchar para realizar sus estudios. Sus padres no eran ricos ni mucho menos, pero desde el momento en que les comunicó su nueva orientación de ideas, quedó como peón de la chacra ganando sueldo que ahorra para pagarse su instrucción eclesiástica más adelante; mientras tanto se combinó con el P. Lázaro Gadea, a la sazón cura de Peñarol, para que le diera las primeras lecciones de Gramática y Latín. Así permaneció durante diez meses, yendo desde la chacra a Peñarol a seguir sus estudios. Pero vino la guerra y no tuvo más remedio que servir en el ejército para el que había sido tomado por la leva que recorría el departamento. Estuvo unos 5 o 6 meses bajo las órdenes del General Oribe y en sus ratos de descanso repasaba las lecciones que le había dado el Padre Gadea. Sus superiores militares observaron la conducta ejemplar del soldado Vera y al enterarse de que el motivo de su contracción al estudio era su propósito de ser sacerdote pusieron la novedad en conocimiento del General Oribe, quien valorando lo que eso significaba, espontáneamente le hizo dar el licenciamiento del ejército, lo que aprovechó el joven Vera para seguir con entusiasmo sus estudios.

V. UNA PRUEBA DE SU ACRISOLADA HONRADEZ

En esta época un amigo de su padre le sugirió que aceptase una beca que había en Montevideo para un estudiante de la Orden de San Francisco; que siguiera con ella hasta ordenarse y que después saliera de la Orden. Indignado rechazó esa superchería que consideró como una bajeza impropia de

su carácter, significó a los suyos una vez más, que su vocación era para el estado sacerdotal y no para el religioso y se dedicó con más ahinco a sus estudios convencido de que la Divina Providencia no desampara a los que en ella confían. Y así fué.

VI. SUS ESTUDIOS EN BUENOS AIRES Y SUS PENURIAS ECONOMICAS

Un tiempo después supo en la Casa de Ejercicios donde había ido a confesarse, que los Padres Jesuitas habían abierto colegio en Buenos Aires. El P. Barreiro y otros le animaron a que fuese a aquella capital a proseguir su instrucción y le ofrecieron varias cartas de recomendación que debían serle, según decían, de mucha utilidad.

Animoso y decidido, lleno de entusiasmo, pero también con mucho temor de fracasar, emprende su viaje el estudiante, previa la bendición paterna. Llega a Buenos Aires, presenta sus cartas que fueron muy bien recibidas pero nadie puede ayudarle... Habla con los Padres Jesuitas que le manifiestan que pueden recibirle gratuitamente como externo en el Colegio, pero le queda en medio de esa alegría la tristeza de no tener medios con que pagar su pensión en algún alojamiento apropiado, pues los Padres no tenían local en su Colegio.

Un decaimiento muy hondo empezaba a apoderarse de su alma pues cerradas todas las puertas no le quedaba otra solución que reembarcarse y volver a Montevideo. En ese estado de ánimo se encontraba cuando de repente, caminando por la ciudad, después de una visita al Santísimo Sacramento en la Iglesia de la Merced, se le ocurrió volver a casa del Dr. Felipe Palacios, uno de aquellos para quienes había llevado recomendaciones, y quien al despedirle cuando le llevó la suya, le había dicho que si no encontraba acomodo,

volviese a verle. Palacios era Cura de la Catedral y encargado de la Biblioteca Pública, circunstancia esta última que le permitió ofrecerle al joven Vera un alojamiento gratis en aquella casa, arreglándose el estudiante con un guardia de la misma, para que le hiciese la comida de acuerdo con sus pocos medios. Allí en ese cuarto modesto y limpio fueron acudiendo poco a poco y rodeando a Vera un distinguido grupo de jóvenes externos del Colegio San Ignacio que repasaban con él — ya de los primeros de la clase — las lecciones de las materias que estudiaban con sus maestros.

Así siguió en medio de penurias económicas y a veces luchando con la enfermedad y con los acontecimientos desagradables hasta principios del año 1841, sin querer en todo ese tiempo aceptar por consideración al Dr. Palacios, la ayuda y traslado que le ofrecieron los Padres Jesuitas.

VII. SU ORDENACION SACERDOTAL

Ya a principios del año citado soplaban malos vientos para la Compañía en Buenos Aires. Los Padres sin buscarlo, habían caído en desgracia del Gobernador Juan Manuel Rosas y se veía que el Colegio debía cerrarse de un momento a otro. Ese acontecimiento tan doloroso obligó a que Vera apurase sus estudios y se pusiese cuanto antes en condiciones de ser ordenado. En efecto, en el mes de Mayo rindió con brillo sus últimos exámenes e hizo con ejemplar fervor sus Ejercicios Espirituales. Y pocos días después fué ordenado por el Obispo Auxiliar de Buenos Aires, Don José Mariano de Escalada. El Pbro. Jacinto Vera tuvo el complemento de su carrera el día 6 de Junio de 1841, domingo de la Santísima Trinidad, celebrando su Primera Misa en el Altar Mayor de la Iglesia de las Monjas Catalinas de Buenos Aires. Menos de un mes le faltaba entonces para cumplir los veintiocho años.

VIII. EL REGRESO A LA PATRIA

Al volver a su Patria, ya sacerdote, su deseo era permanecer en la capital, donde podría completar sus estudios. Pero sus superiores le destinaron como Teniente de Cura a la Parroquia de Canelones, que regenteaba el Doctor José Vicente Agüero. En ese puesto subalterno estuvo hasta el 2 de Agosto de 1852, en que, por renuncia del titular, fué nombrado Cura Don Jacinto Vera, con grandes elogios de sus superiores y con enorme alegría de los habitantes de la extensa parroquia.

IX. CURA DE CANELONES; SU GRAN POPULARIDAD

Mucho se podría hablar de la actuación de Don Jacinto Vera durante 18 años en la Parroquia de Canelones, pero baste saber por ahora y según nuestro propósito de sintetizar lo más que se pueda, que desde 1841 hasta 1859, ya como Teniente, ya como Cura Párroco, su conducta ejemplar, su caridad con los pobres y su inalterable bondad se hicieron proverbiales en la República. Pueblo y Gobierno veían en el Cura de Canelones un elemento de gran valer, y mientras el primero le demostraba su confianza eligiéndole diputado por el departamento, cargo que no aceptó, y más tarde miembro del municipio, el segundo le daba señaladas muestras de deferencia accediendo gustoso a sus solicitudes en favor de los desheredados de la vida.

En Montevideo mismo, su nombre ya era popular y hubo familias que adquirieron propiedades rurales en Canelones, para que los hijos de la casa frecuentaran la de Don Jacinto, a quien consideraban un experto director de juventud y un maduro consejero de los padres.

X. VICARIO APOSTOLICO: OPOSICION QUE SUSCITA

No es extraño, pues, que, con tan buen crédito, al quedar vacante en 1857 el Vicariato Apostólico por muerte del venerable Don José Benito Lamas, fuese unánime la voz de los católicos conciudadanos y extranjeros que pedían la elevación de Don Jacinto a la jefatura de la Iglesia en el Uruguay. Con todo, un grupo de esos que nunca faltan, acaudillados y representado por un sujeto, a quien el Dr. Pons no quiso nombrar en su Biografía citada, porque dice que el damnificado le perdonó "con ancho corazón" el mal que creyó hacerle, le levantó una infame calumnia que se vió rápidamente desmentida y desechada por toda la parte sana de la sociedad. Después se supo que toda esa algarabía no tenía otro fin, que impedir que el Cura de Canelones fuese designado Vicario Apostólico del Uruguay por el temor que su rectitud inspiraba.

El 26 de Mayo de 1859 Monseñor Vera por nota del Delegado Pontificio se enteraba de que la Santa Sede quería que él se hiciera cargo del Vicariato. Sin embargo, hubo de esperar hasta el 14 de Diciembre del mismo año para poder cumplir con la voluntad de la Iglesia, no porque él pusiere el más mínimo obstáculo de su parte, sino porque el Gobierno y el Nuncio alargaron los trámites del caso.

XI. INTRODUCE EN SU CLERO LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Y ahora empieza en la vida de Monseñor Vera un nuevo periodo, en que, el ya aguerrido luchador, va a demostrar con mucha dulzura, con mucha paz y con inquebrantable firmeza, que sabe cuáles son los deberes de un prelado católico y cuáles los medios para cumplirlos; período en que, junto con su mansedumbre de apóstol, va a mostrar y hacer sentir sus firmes garras de decidido defensor de los inalienables

derechos de la Iglesia. Y como si quisiera hacer ver a los sacerdotes de su jurisdicción que debían ser los primeros en dar ejemplo de piedad, uno de sus primeros actos fué ordenar Ejercicios Espirituales para el Clero, los que, presididos por él mismo, predicó el P. Guimón, de los Bayoneses, con mucho fruto y con gran contento de los ejercitantes y por supuesto de su Prelado.

XII. EL GRAN MISIONERO: PRIMERA GIRA DE MISIONES RURALES

Inmediatamente empezó sus misiones en la campaña, obra titánica que para emprenderla se necesitaba una voluntad de hierro y para continuarla una paciencia de santo.

Y así fué que en cuanto pudo dió principio a esa su tarea primordial, que era la que al pie del Sagrario había visto ser la única capaz de traer un poco de espíritu de Dios a este país tan combatido por las discordias y luchas políticas, y emprendió su primera misión con verdadera alma de apóstol acompañado de los sacerdotes José Letamendi e Inocencio María Yeregui con quienes salió, en una de las diligencias de aquella época, el día 25 de Abril de 1860, en dirección al centro y litoral de la República.

Largo sería el relato de aquellas misiones y del bien que con ellas hizo el Sr. Vicario; bástenos consignar que en nueve meses las dió en Durazno, Florida, Porongos, San José, Rosario, Colonia, Carmelo, Nueva Palmira, San Salvador, Soriano, Mercedes. En todas ellas Don Jacinto era uno de los que más trabajaba; no iba a esas tareas para recibir honores del pueblo que visitaba; y lo hacía como un hombre que sabe que trabaja en la viña del más noble de los Señores. Empezaba su labor con el alba, decía su Misa, hacía su meditación, predicaba varias veces al día y confesaba hasta que no había

más penitentes. Muchas veces, sin haber tomado más que el desayuno, permanecía en su puesto hasta las once de la noche y a veces más; confirmaba siempre que se lo pedían, hablaba con sus curas, aconsejaba en conciencia a esos esforzados soldados de Cristo, que al irse su Prelado, volverían a encontrarse en la desoladora soledad de su pueblo, repartiendo la palabra y la doctrina cristiana sin tener, entonces más que ahora, un compañero cerca, con quien hablar y consultar sus inquietudes personales.

En esa su primera salida confirmó a 23.560 personas, legitimó 705 matrimonios y confesó con los otros sacerdotes para darles la comunión a más de 28.000 habitantes de las ciudades, pueblos y campiñas que recorriera.

XIII. CARINOSA RECEPCION EN MONTEVIDEO

En Montevideo se llamaba al Prelado, pues su presencia era necesaria, dado lo mucho que se esperaba de él; por eso cuando se supo que venía de vuelta, muchas familias y amigos fueron a esperarle al Paso del Molino; y, de allí, en triunfo, le acompañaron hasta la Iglesia Matriz, en donde se entonó un solemne Te Deum, en acción de gracias por el éxito de la Misión; y se le acompañó hasta su habitación, que era entonces y lo fué por muchos años la casa señalada con el N^o 1 de la calle de Rincón, casa que subsistió hasta hace poca tiempo y que estaba ubicada en el terreno, en que hoy está la casa en que vive el Presidente de la República.

XIV. SU GRAN PREOCUPACION: LA FORMACION DEL CLERO

Monseñor Vera se abocó de lleno a la organización del Vicariato con la firme voluntad de llevarla a cabo con los elementos de que pudiera disponer. Su preocupación mayor era

entonces y lo fué toda su vida, la formación de clero nacional. Removió cielos y tierras para conseguir que algunos jóvenes que manifestaban aptitudes pudieran continuar los estudios que habían iniciado al lado de sus respectivos curas; pero todos sus esfuerzos se estrellaban contra la falta de personal en que se encontraba para la continuación de esos estudios. Fué en esos años que interesó en sus proyectos al Presidente de la República Don Bernardo Prudencio Berro, quien siendo católico práctico y habiendo recibido una sólida educación cristiana y científica, dada por su tío, hermano de su madre, el Primer Vicario Apostólico del Uruguay, Don Dámaso Antonio Larrañaga, comprendió las penurias del Prelado y las del país y se propuso hacer cuanto estuviera de su parte para cumplir con su deber, complaciendo al mismo tiempo a un amigo tan respetado, como lo era para él el Sr. Vicario.

Muy interesantes y muy ilustrativas son las cartas que ambos personajes cambiaron sobre este asunto, pero no encuadran en este trabajo de síntesis.

Monseñor Vera tenía puesta su mira en un colegio de Jesuitas, que fuera, a la vez, Seminario Conciliar. Con esta idea escribió a los religiosos de la Compañía de Jesús de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fa; hizo una larga exposición a prelados influyentes de Roma; y no contento con las respuestas que le daban escribió directamente al Sumo Pontífice, pidiéndole su valiosa intercesión. "Con cinco o seis Padres Jesuitas, le decía, me bastaría por el momento". Sin embargo, el tiempo iba pasando y los Padres no venían; entonces, en un arranque de su celo, propone a los Padres del Colegio de San Fe que le reciban algunos jóvenes que ya tiene preparados para iniciar los estudios; aceptan los Jesuitas y salen inmediatamente los primeros alumnos orientales para el Colegio. Los nombres de Mariano Soler, Ricardo Isasa y Nor-

berto Betancourt, tan conocidos después por los católicos del Uruguay, fueron los primeros en inscribirse en las listas de aquel celeberrimo instituto, que tantas glorias ha dado a las Repúblicas del Plata.

Se estableció entonces una corriente, podemos decir, de seminaristas que periódicamente iban a seguir sus estudios a Santa Fe, y que de Santa Fe volvían a la patria una vez concluida su carrera, para hacerse cargo de los puestos que el Sr. Vicario les indicaba. Fueron un consuelo para el Prelado esas generaciones de sacerdotes formados o iniciados en Santa Fe, de los que aún hoy recibe beneficios la Iglesia en el Uruguay. Al correr de la pluma se presentan nombres que después de los ya mencionados queremos recordar con respetuoso afecto, siendo el primero que se destaca con vida propia el nombre respetable, inmaculado, del dignísimo Sr. Obispo de Prusa Mons. D. José Marcos Semería, Cura Párroco de la Metropolitana, figura consular del clero, hombre guía cuya rectitud y sinceridad se han hecho proverbiales en la República y fuera de ella; vemos también todavía en el campo de labor a los Señores Canónigos, D. Francisco Mujica, decano de los sacerdotes orientales, y Eusebio Clavell, Provisor del Arzobispado, y entre los que ya lo han abandonado por disposición divina, recordamos a Mons. Stella, el bondadoso Obispo Auxiliar de Montevideo, tan interesante en su actuación de largos años y tan eficaz en su peculiar manera de afrontar los acontecimientos; a Mons. Santiago Haretche, el apóstol de la juventud, el sacerdote más popular en Montevideo en su tiempo debido a su indiscutible don de gentes; al Padre Bimbolino, amigo, hermano predilecto de todos los sacerdotes, alma grande que atraía a quien le tratara; a Mons. Nicolás Luquese, el Secretario de Mons. Vera, todo actividad, celo y abnegación en el servicio de la Iglesia, y tantos otros que están en el corazón y en la mente de los que tuvieron oportunidad de cono-

cerlos; todos ellos, unos son y otros han sido luz y ejemplo de los que después han venido a reforzar las filas de ese noble clero uruguayo, tan noble y tan desconocido en general, clero que por sus virtudes de todo género, llevadas muy a menudo hasta el heroísmo ignorado por los más, es una corona de gloria para sus prelados y es un exponente muy elevado del valer y de la virtud de un pueblo.

Pero volvamos a Mons. Vera. Mucho había conseguido, pero su gozo no era completo, porque si bien es cierto que ya vislumbraba un clero nacional, no lo era menos que aun no tenía su Seminario propio donde formarlo en su tierra. El ensayo que antes, en 1857, se había hecho en Santa Lucía, departamento de Canelones, muy promisor en verdad, pero que no pudo prosperar por haber sido al poco tiempo injustamente desterrados los Jesuitas por el gobierno de Pereira, dejó a todos en el convencimiento de que una casa de estudios eclesiásticos era cosa muy factible en el Uruguay.

XV. LA PERSECUCION DE LAS LOGIAS: LAICIZACION DEL CEMENTERIO

Todas esas actividades del Prelado, el entusiasmo que por sus gestiones sentían todos los católicos del país, el prestigio creciente que los contrarios le reconocían fueron factores que desvelaron a las logias, que entonces como ahora, espiaban los más mínimos movimientos de la Iglesia y de sus hombres para tratar de anular su obra civilizadora.

Y así llegó el año 1860.

Un incidente, al parecer banal, dió motivo a la catástrofe meditada y querida por la masonería. Fué el caso que en la ciudad de San José un masón muy conocido, llamado Jacobsen, estando para morir llamó al cura, que lo era el P. Madruga, y le pidió los Santos Sacramentos. Como era natu-

ral, el cura le pidió, de acuerdo con las instrucciones de la Iglesia, que se retractase de sus errores. Jacobsen tal vez por falta de instrucción, y procediendo como muchos de sus cofrades que decían no haber incompatibilidad entre la Masonería y la Iglesia, no quiso retractarse y murió impenitente. Los masones quisieron burlarse de las prescripciones eclesiásticas; y, al día siguiente, pretendieron llevar el cadáver a la Iglesia Parroquial exigiendo que se dijera Misa de cuerpo presente. El P. Madruga, cumpliendo con su deber, les prohibió la entrada al templo, que era lo que buscaban los masones; y con grandes gritos, protestaron públicamente de lo que ellos llamaban un atropello del cura. Pero no se contentaron con eso; mandaron chasques a Montevideo, diciendo lo que había pasado, magnificando los hechos con el fin de levantar la opinión contra el Cura y contra el intransigente Vicario que ordenaba semejantes cosas. Y no contentos con eso, cargaron el cadáver y lo llevaron a Montevideo, pretendiendo hacer celebrar las exequias en la Iglesia Matriz de la capital. Allí en el atrio de la Matriz, Don Victoriano Conde, Provisor del Vicariato, exhibió una orden de Monseñor Vera que estaba en campaña, negando la sepultura eclesiástica a Jacobsen. Fué tal el tumulto que produjeron los masones que el Gobierno temió por su seguridad. Los diarios de la secta y los indiferentes caldearon más el ambiente, llenando sus páginas de infames calumnias y soeces insultos contra Mons. Vera y contra todos los que lo acompañaban que, sin duda alguna, eran los mejores del país.

El masón fué enterrado sin permiso en el Campo Santo que, por ese hecho, quedaba execrado. Reclamó el Sr. Vicario indignado de semejante proceder y el Gobierno se contentó con arrancar el Cementerio de la jurisdicción de la Iglesia; proceder bien masónico, que ya se había puesto en juego en otros países de América.

ral, el cura le pidió, de acuerdo con las instrucciones de la Iglesia, que se retractase de sus errores. Jacobsen tal vez por falta de instrucción, y procediendo como muchos de sus cofrades que decían no haber incompatibilidad entre la Masonería y la Iglesia, no quiso retractarse y murió impenitente. Los masones quisieron burlarse de las prescripciones eclesiásticas; y, al día siguiente, pretendieron llevar el cadáver a la Iglesia Parroquial exigiendo que se dijera Misa de cuerpo presente. El P. Madruga, cumpliendo con su deber, les prohibió la entrada al templo, que era lo que buscaban los masones; y con grandes gritos, protestaron públicamente de lo que ellos llamaban un atropello del cura. Pero no se contentaron con eso; mandaron chasques a Montevideo, diciendo lo que había pasado, magnificando los hechos con el fin de levantar la opinión contra el Cura y contra el intransigente Vicario que ordenaba semejantes cosas. Y no contentos con eso, cargaron el cadáver y lo llevaron a Montevideo, pretendiendo hacer celebrar las exequias en la Iglesia Matriz de la capital. Allí en el atrio de la Matriz, Don Victoriano Conde, Provisor del Vicariato, exhibió una orden de Monseñor Vera que estaba en campaña, negando la sepultura eclesiástica a Jacobsen. Fué tal el tumulto que produjeron los masones que el Gobierno temió por su seguridad. Los diarios de la secta y los indiferentes caldearon más el ambiente, llenando sus páginas de infames calumnias y soeces insultos contra Mons. Vera y contra todos los que lo acompañaban que, sin duda alguna, eran los mejores del país.

El masón fué enterrado sin permiso en el Campo Santo que, por ese hecho, quedaba execrado. Reclamó el Sr. Vicario indignado de semejante proceder y el Gobierno se contentó con arrancar el Cementerio de la jurisdicción de la Iglesia; proceder bien masónico, que ya se había puesto en juego en otros países de América.

Fueron vanas todas las protestas de los católicos; fueron inútiles las reclamaciones del Vicario; el Cementerio quedó secularizado y la Iglesia no tuvo allí más jurisdicción que en la rotonda o capilla que entonces se empezó por los católicos y para los católicos, constituyendo propiamente el Cementerio.

XVI. EL DEFENSOR DE LA MITRA Y DE LA TIARA: EL CONFESOR DE LA FE: CONFLICTO Y DESTIERRO

Es de suponer el estado de tirantez que desde entonces fué un hecho entre el Gobierno y la Iglesia. Sin embargo, el Sr. Vera, que fué toda su vida la imagen de la prudencia, pero no de esa prudencia que cree que provoca al enemigo cumpliendo su deber, sino de la verdadera y única prudencia, — de la que remueve obstáculos y quita las ocasiones indiferentes; pero que, sin temor, va derecho a donde cree que debe ir, sin ver si disgusta o agrada; el Sr. Vera, decíamos, continuó la tarea empezada, siguiendo su evangelización de la campaña y velando por la cristianización de la ciudad. Pero si bien él estaba alerta, el enemigo no dormía tampoco. El caso anterior no fué más que un principio: las logias necesitaban un escándalo más grande y pronto lo provocaron. Veamos cómo procedieron: Mons. Vera en uso de sus indiscutibles derechos y conforme al más correcto criterio, se vió en la necesidad de separar de su cargo al Cura de la Matriz D. Juan José Brid, quien al mismo tiempo era Senador gubernista por el Departamento de Minas, sustituyéndole en el curato por Don Inocencio María Yeregui.

Cumpliendo con su deber comunicó al Gobierno su resolución, a lo que éste contestó negando que el Vicario tuviera facultades para destituir o nombrar a un cura, sin la

anuencia de la autoridad civil. Este fué el principio de lo que en nuestra historia se llama "el conflicto eclesiástico de 1861".

El Vicario demostró en escritos luminosos la falsedad de las doctrinas sustentadas por el Gobierno, quien apoyándose en el mal llamado Derecho de Patronato, pretendía esclavizar a la Iglesia, imponiéndole normas y procedimientos que ella no podía aceptar.

El Presidente de la República, Don Bernardo P. Berro, íntimo amigo, como ya lo hemos dicho, de Mons. Vera, veía con dolor que las cosas se agriaban cada día más, y no podía deshacerse de gran cantidad de gente que le rodeaba y que, poco menos que le exigían, que, de una vez por todas, hiciera sentir su autoridad sobre el Sr. Vicario, a quien presentaban como a un hombre capaz de hacer sombra a un gobierno entero, y que se le obligara a reponer en su cargo al P. Brid.

La fracción política del partido blanco que no estaba con el Presidente Berro, enturbió el agua todo lo que pudo, valiéndose del conflicto para deprimir al Gobierno y criticar acre y mordazmente su conducta.

Después de mucho andar, el Gobierno destituyó al Sr. Vicario prohibiéndole cualquier acto que implicase jurisdicción. Las logias exultaban en esos días: ya habían conseguido dos victorias y se preparaban para otras mayores.

Cerca de un año permaneció Mons. Vera en el Uruguay, soportando con increíble paciencia su separación oficial del Vicariato, pero como no era ni podía ser el Gobierno quien le había investido de las facultades que él ejercía, siguió ejerciéndolas y así se lo comunicó al Gobierno.

El Presidente Berro creyó que habiendo destituido al Vicario y dejándole ejercer libremente su ministerio sagrado la fiera masónica se daría por satisfecha; pero se equivocó por completo, pues las logias, como siempre, al ver que ganaban

terreno, siguieron exigiendo más y más cada día. Casi un año llevaron moviendo todo lo que podían mover para conseguir su anhelado fin: sacar del medio al Vicario para que, ausente su persona, disminuyera el prestigio que le rodeaba y que, tanto mal les hacía. Y así fué que sus hombres tomaron por asalto la prensa y el parlamento, y en una y en otro, se atacaba al Gobierno y se le amenazaba en tal forma, que ya no le quedó al Sr. Berro más remedio que abdicar o desterrar al Vicario.

Y el sacrificio se consumó el 8 de Octubre de 1861, día en que el pueblo católico supo con estupor que el Sr. Vicario y su Provisor, Don Victoriano Conde, habían recibido orden de abandonar el país en el término perentorio de veinticuatro horas.

Mons. Vera no se sorprendió. Esperaba tranquilo esa determinación y todo lo había preparado para el caso que veía producirse. Así lo manifestó a quienes le intimaron la orden de destierro. Firmó una pastoral y dos notas, tomó su breviario y se entregó a la policía, para ser conducido a Buenos Aires, a la ciudad hermana que lo había visto salir veinte años antes, después de haberle formado sacerdote y que le veía regresar, mártir de la defensa de los sagrados derechos de la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo.

Grande fué la consternación del pueblo al ver marcharse a su Pastor; pero él le consolaba afirmándole en la doctrina verdadera, diciéndole que no olvidara que, en cualquier parte que las circunstancias le llevaran, él era el único Prelado de la Iglesia del Uruguay. Nadie le oyó una queja, nadie vió amarguras, ni desencantos, ni jactancias en su actitud. Cumplió con su deber con la misma elevada naturalidad con que procedía en todo. Se fué alegre, con la satisfacción del deber cumplido.

XVII. SU VIDA EN EL DESTIERRO: GOBIERNA SU VICARIATO DESDE LA CAPITAL ARGENTINA.

En Buenos Aires le esperaban en el muelle las autoridades eclesiásticas y un grupo importante de personalidades civiles. Unos y otros instaron al Vicario a que aceptara un honroso hospedaje que se le había preparado en el Palacio Arzobispal. El Vicario rehusó esa delicada atención y solicitó para él una celda en el Convento de San Francisco y otra para su Provisor.

No quedó inactivo el celo de Mons. Vera en el retiro obligado del claustro; en la Iglesia de San Francisco anexa al Convento, decía diariamente su Misa y luego iba al confesionario en el que permanecía mientras lo necesitaban; muchas veces a pedido de los frailes tuvo a su cargo la plática dominical y la explicación del Evangelio. Durante el día despachaba con Mons. Conde su numerosa correspondencia por medio de la cual dirigía el Vicariato; recibía y pagaba algunas visitas, saliendo del Convento únicamente en casos necesarios. Muchos años después, aun quedaban en Buenos Aires personas dirigidas especialmente por Mons. Vera, quienes con su vida y sus obras atestiguaban lo sabio y prudente de su dirección.

**XVIII. ALGUNOS SACERDOTES SE PLIEGAN AL GOBIERNO:
SU ENERGIA CON LOS CISMATICOS**

Mientras el Sr. Vicario cumplía en Buenos Aires con el deber impuesto por la Divina Providencia, en Montevideo pasaban cosas inauditas que amargaban el corazón del Prelado. Seis sacerdotes, contando al P. Brid, se habían declarado por

el Gobierno y contra el Vicario y, a pesar de que se les había avisado que de permanecer en su actitud serían suspendidos *a divinis*, no hicieron caso de las admoniciones de la legítima autoridad y se prestaron a servir al Gobierno, contra el Prelado. Uno de ellos había aceptado el nombramiento de Vicario en suscitación de Don Jacinto, quien al saberlo inmediatamente lo conminó a que abandonase el camino cismático en que se había metido.

Siguieron los masones, no contestos con sus triunfos anteriores, tratando de perseguir hasta el recuerdo del Vicario; pero todo lo que se hacía, como mandado por Dios, se volvía en contra de ellos mismos. La Iglesia Matriz declarada en entredicho por el Vicario, era sitio elegido por los cismáticos para celebrar los oficios. Los católicos la dejaban desierta, yendo a oír Misa a los Ejercicios y a la Caridad o al Cordón o a las Salesas.

XIX. EL GOBIERNO CAMBIA DE TACTICA

Poco a poco la opinión se fué haciendo sentir en contra del Gobierno y no faltó quien quisiera valerse del nombre de Mons. Vera para justificar represalias y revueltas que, como es de suponerse, Mons. Vera reprobó con toda energía.

Pero las cosas políticas no iban tan bien como se le había prometido al Sr. Presidente y, como era de esperarse, sus contrarios al verle ceder de sus convicciones, en el asunto del Vicario, pretendieron que hiciere lo mismo en otros cuya enunciación no cabe en este trabajo. Baste, pues, decir que el sacrificio a que se sometió al Sr. Vera no fué de resultado práctico alguno para el gobierno del Sr. Berro, quien sabía perfectamente, como católico instruido, que Mons. Jacinto Vera — en el país o en el extranjero — era y seguiría siendo,

mientras el Papa no dijera lo contrario, el único Vicario Apostólico del Uruguay. Entonces de *motu proprio* inició conversaciones con el Nuncio Mons. Marino Marini que residía en la ciudad de Paraná. Este diplomático inició un arreglo sin tener muy en cuenta a Mons. Vera, quien, con todo respeto, pero con indomable energía, dió a conocer al Nuncio y al Gobierno que, a pesar de que se le consideraba un pobre Cura de campaña, cosa de que él se gloriaba, era docto en derecho y sabía muy bien defender sus atribuciones y prerrogativas; y conocía muy bien hasta dónde podían llegar. Así fué que el Nuncio y otras personalidades de la Iglesia en la Argentina se quedaron admirados, y así lo hicieron público, de la firmeza inquebrantable del Sr. Vera y de su versación en derecho eclesiástico.

XX. LA PROPOSICION DE FLORES: SU RECHAZO: LA CRUZADA LIBERTADORA

Pasaban los meses y el conflicto quedaba en pie, sin adelantar un punto. El general Flores hacía tiempo había invadido la República Oriental del Uruguay; y al ver que todas las personas de significación de ambos partidos estaban del lado del Vicario, le propuso a éste ser el reivindicador de sus derechos, a lo que se opuso formalmente el Sr. Vera. En esos trámites estaba el jefe revolucionario y tan cierto consideraba el triunfo de su gestión ante el Sr. Vicario que antes de recibir la categórica respuesta de éste hizo poner una cruz en las banderolas de sus divisiones revolucionarias y le llamó a su revolución "Cruzada Libertadora", nombre con que aun hoy la conocen los contrarios a la Iglesia, y así la llaman, ignorando el origen eclesiástico del nombre.

**XXI. ANULACION DEL DECRETO DEL 8 OCTUBRE 1861: Y
COMISION DEL Dr. REQUENA: PRELADO
DOMESTICO DE S. S.**

Las cosas habían llegado a tal punto de acritud y malestar para el Gobierno, que un buen día el Presidente hizo un cambio inesperado de ministerio, e inmediatamente comisionó a dos amigos que fueran al Paraná y a Buenos Aires y que confeccionaran con el Nuncio y con Mons. Vera un *modus vivendi* que fuese conveniente para ambas partes: para el Gobierno y para la Iglesia. Muy poco fué lo que se adelantó hasta que el Presidente, en vista de que la situación empeoraba, hizo dictar un decreto que anulaba el del 8 de Octubre de 1861, y pidió al eximio católico y gran jurisconsulto Dr. Don Joaquín Requena, que pasara a Buenos Aires y pusiese en manos de Mons. Vera el nombramiento de Prelado Doméstico de Su Santidad, título con grandes prerrogativas con que el Santo Padre Pío IX, había querido premiar su celo por la libertad de la Iglesia.

**XXI. VUELTA DEL DESTIERRO: ENTRADA TRIUNFAL
EN MONTEVIDEO**

El día 23 de Agosto de 1862 llegó a Montevideo el Sr. Vicario, acompañado del Dr. Requena y de seis sacerdotes que habían ido a buscarle. La recepción que se le hizo en Montevideo estuvo de acuerdo con las angustias que había pasado el pueblo católico con la ausencia del tan querido Pastor. La ciudad entera, al decir de un cronista, se volcó en el muelle y, en gran manifestación, acompañó al Sr. Vicario a la Iglesia Matriz donde se cantó un solemne Te Deum.

El Gobierno se consideró en la obligación de desagraviar al Sr. Vera por todo lo que le había hecho sufrir y así fué que se mostró deferente y atento con él en todas las ocasiones que se le presentaron.

**XXIII. RECONCILIACION CON EL GOBIERNO; ACTO DE
PUBLICA REPARACION; BENDICION DE LA
ROTONDA**

Pero faltaba un acto público en que se pusiera de manifiesto esa cordialidad necesaria de relaciones y tanto el Vicario como el Gobierno que lo deseaban, combinaron que ese acto fuera la bendición solemne de la Rotonda del Cementerio Central, quedando establecido que en cuanto terminaran las obras de albañilería que ya iban muy adelantadas, se llevaría a cabo la ceremonia. Y así fué que el 1º de Noviembre de 1863, y exhibiendo el Sr. Vicario por primera vez sus insignias de Prelado Doméstico de Su Santidad, bendijo solemnemente la Rotonda que por ese hecho, y ya secularizado el Cementerio, constituía el único Cementerio Católico. El Sr. Presidente de la República y su distinguida esposa fueron los padrinos de la ceremonia, y acompañados en esos momentos por lo mejor y más significativo de la sociedad.

Dios había dispuesto las cosas en tal forma que sucedió, como hemos visto, que un conflicto grave y de funestas consecuencias, empezado por la defensa de los fueros de la Iglesia en su Cementerio, concluyese años después en el momento en que se le entregaba a esa misma Iglesia, un lugar de ese Cementerio, en que su jurisdicción fuera reconocida.

**XXIV. REORGANIZACION DEL VICARIATO: PERDON A SUS
ENEMIGOS: ENERGICA BENIGNIDAD**

Mons. Vera, una vez en su tierra, y con las manos libres para proceder en todo lo que fuera de su incumbencia con entera libertad, se propuso proseguir con la reorganización de

su Vicariato. El Gobierno, por su parte, le animaba a hacerlo y le ofrecía su ayuda incondicional. Así fué que, entre otras cosas, pensó en la instalación del Cabildo eclesiástico; y aquí volvemos a encontrar patente el alma de Don Jacinto Vera: en las listas de canónigos que hizo para proponer al Gobierno y que hasta hace poco se conservaban entre sus papeles en la Curia, había una, copia de la nota pasada al Gobierno, en que incluye a dos de los sacerdotes que habían sido causa de su destierro... Es que Monseñor Vera, ya lo hemos dicho algunas veces, perdonaba a lo divino, procedía con el enemigo arrepentido, como procede Dios con el pecador contrito: olvida el pecado y no ve en el antiguo criminal más que un alma justificada.

La bondad del Sr. Vicario, manifestada en ese rasgo, no sorprende a los que han estudiado a fondo su vida; porque saben muy bien que la energía, la fuerte y a veces áspera energía que lo distinguía, era suavizada con una bondad profunda, suave, que ganaba los corazones.

¡Cuántos hechos podrían narrarse que muestran sin dejar duda, esa bondad de predestinado!

Pero queremos dejar bien sentado que esa bondad no era el producto de un carácter apocado y débil, no; todo lo contrario. Esa bondad del Vicario era amor por sus semejantes y afán por la felicidad de todos en Dios. Y por eso, si lo vemos fuerte contra un Gobierno, lo vemos sonreír paternalmente como de una travesura ante los insultos de tres hombres, pagados para hacerlo, en el momento en que el Vicario pasaba por la Plaza de la Matriz, y mientras sonreía compadecido, levantaba su mano y los bendecía... concluyendo los tres individuos por caer de rodillas en plena calle.

Pero sigámosle en su vida apostólica.

**XXV. ASISTENCIA A LOS HERIDOS Y FAMELICOS EN EL
SITIO DE PAYSANDU: EN LA ISLA DE LA CARIDAD**

La revolución de Flores asolaba la campaña e impedía, por lo tanto, la continuación de las misiones; pero no impidió que el Vicario hiciese derroches de caridad allí donde había heridos a quienes atender; y así fué que llegó en persona, acompañado de otros sacerdotes, de médicos, practicantes y de Hermanas de Caridad, que se habían establecido en Montevideo, para llevar toda clase de consuelos a los infelices que los necesitaban en los dos bandos en que se había dividido el país.

Al final de 1864, y cuando Flores ya aliado con el Brasil, puso cerco a la ciudad de Paysandú, el Sr. Vicario, previendo que serían necesarios sus auxilios, obtuvo permiso para entrar en la ciudad sitiada con una comisión de las anteriormente citadas. Pero quiso la Providencia que por circunstancias muy ajenas a la mente del Prelado, uno de los acompañantes hiciera imposible la entrada; pero no se desanimó por eso al Sr. Vera y buscó, en la isla de la Caridad, que está situada en frente a Paysandú, a millares de seres que huyendo de los horrores de la guerra se habían refugiado en aquella soledad y vivían en ella ajenos a todo auxilio humano. Allí quedó el Sr. Vicario con su comitiva hasta la caída de Paysandú; y allí supo hacer fructificar los dones que Dios le había otorgado para poder aliviar a sus semejantes.

**XXVI. EL OBISPO DE MEGARA: SU HUMILDAD Y TENOR
DE VIDA**

Ese mismo año 1865, el 16 de Julio, la Matriz de Montevideo estaba de gala, siendo el motivo la consagración episcopal de Monseñor Don Jacinto Vera, quien desde ese día

pudo ostentar, junto al título de Vicario Apostólico, el de Obispo Titular de Megara con qué el Santo Padre había querido premiar su firmeza en defender los derechos de la Iglesia. Fué ese un día de júbilo para la ciudad que tanto y tan sinceramente quería a su Vicario. El consagrante, Monseñor Escalada, Obispo de Buenos Aires, se quedó edificado de la humilde sencillez de Monseñor Vera y del hondo aprecio que le testimoniaba su pueblo. El nuevo Obispo, llevado de su tierna devoción a los Dolores de María y de su confianza en la celestial Señora, adoptó un escudo que representaba el Corazón de la Santísima Virgen traspasado por una espada y rodeado de una palma y de una rama de jacinto lo que heráldicamente se traduce por la frase: Jacinto triunfará por María.

¿Cambió en algo la vida de Mons. Vera después de consagrado Obispo?

Un contemporáneo contesta a esta pregunta, diciendo que, a no ser por el anillo de esmeraldas, regalo de la Sra. de García de Zúñiga, y por los ornamentos pontificales en las ceremonias solemnes, nadie hubiera notado cambios exteriores en el Sr. Vicario, que, en cuanto a su modo de ser y a sus costumbre, no hubo nada alterado.

Es interesante conocer la vida que hacía en la ciudad y en la campaña el Sr. Vera; y, para eso, ateniéndonos a los datos de los que de cerca le trataron, resumiendo, trataremos de hacerla conocer.

En su casa se levantaba al alba, tanto en verano como en invierno; y después de una hora de meditación, se iba a pie a la Matriz, sólo o con algún familiar, y allí confesaba hasta que llegaba la hora de la Misa; hacía su larga acción de gracias y después de su desayuno, unos cuantos mates amargos,

seguía confesando en la Matriz durante horas. Esa costumbre la conservó siempre; tanto, que muchos años después el P. Lasagna, Superior de los Padres Salesianos, le escribía a Don Bosco que era fama en Montevideo que más confesaba el Obispo que todos los sacerdotes de la ciudad juntos. Por la tarde atendía a todo el mundo en la Curia; e inmediatamente, siempre a pie o en tranvía, hacía las visitas a los enfermos, pobres o ricos, a los presos, a los hospitales, llevando a todos lados su inalterable serenidad, su buen humor, su sana alegría y su palabra autorizada de consejo y de alivio. De día y de noche siempre estaba dispuesto a atender a quien de él necesitare y es increíble la enorme cantidad de bautismos, casamientos y confirmaciones así como santas unciones con que atendió a los habitantes de Montevideo. En las familias antiguas de esta ciudad, Mons. Vera era considerado como miembro de ellas y todos los casos difíciles eran sometidos a su juicio. Cuando había alguna noticia de carácter serio o triste que nadie se animaba a dar a los interesados, se acudía a Don Jacinto Vera, seguro de que el Vicario haría las cosas de la mejor manera. Los sacerdotes tenían en él a un padre, severo sí, pero que no enturbiaba la alegría de nadie con sus severidades. Todos sabían que cuando él ordenaba una cosa era porque había medido delante del Santísimo Sacramento el pro y el contra de sus órdenes. Y ciegamente se le obedecía porque era fama que los acontecimientos siempre le daban la razón.

En las misiones era el primero en cumplir la distribución impuesta; y no iba a ellas a recibir honores, sino a cargar con los trabajos y a dirigir las luchas por la conservación de la fe. Era un misionero más y nunca un prelado que exigiese consideraciones mayores que las que se deben tener con cualquier misionero.

XXVII. SU HEROICA SERENIDAD SE MANTIENE

Su valor personal se puso a prueba varias veces en que se atentó seriamente contra su vida. Advertido del serio peligro que corría, no admitió jamás compañía para trasladarse solo a los sitios a que debía ir, y donde sabía le esperaban con fines siniestros; esa demostración de no temer el peligro, fué la manera que siempre, y en todo, supo emplear con lo que impuso respeto a los que odiaban, no su persona, sino su apostolado. Y ese odio es fácil de concebir, pues los masones, y todos los enemigos de la Iglesia, sabían que así como personalmente podían contar con los servicios que reclamasen del Vicario en caso de necesidad, — a lo que estaban acostumbrados, — debían contar también con su implacable guerra a las sectas y a todo lo que de ellas dimanase.

XXVIII. SU HEROISMO EN LAS EPIDEMIAS

Hubo momentos en la ciudad que sin Mons. Vera, la vida hubiera sido un martirio. El fué el verdadero y legendario paño de lágrimas de sus fieles y de los que no lo eran. Una de esas ocasiones fué la que dió la epidemia del cólera en 1869, en que el Sr. Vicario organizó los socorros para atender a toda la población con sus barrios apartados de Paso del Molino, Unión, Cordon, etc., etc., y haciendo él con sus sacerdotes actos de indiscutible heroísmo, con una naturalidad tal que ya ni siquiera llamaba la atención.

XXIX. SUS TRES VIAJES A ROMA: EN JERUSALEN: "EL OBISPO DE MONTEVIDEO ES UN SANTO"

De 1866 a 1871, hizo tres viajes a Roma, llamado como todos los Prelados del mundo por S. S. Pio IX, para tratar de asuntos referentes a la Iglesia Católica. En el último de

ellos asistió al Concilio Vaticano; y como su pobreza era suma, se alojó en una humilde habitación que el Santo Padre había dispuesto en una casa religiosa para los Obispos misioneros. Allí, en Roma, como luego en Tierra Santa, donde fué cuando se suspendieron las sesiones del Concilio Vaticano, llamó la atención de todos por su modo de ser tan en armonía con su espíritu. Y así fué que los Padres Franciscanos custodios de los Santos Lugares, con quienes hizo unos días de retiro y meditación, quedaron prendados de su persona y no tenían otra manera de definirlo que diciendo a todos con entusiasmo: *Monseñor Vera es un Santo*.

Al volver de su tercer viaje escribió una Pastoral que se leyó en todas las Iglesias y Capillas del Vicariato en la que hacía partícipes de sus impresiones a todos los fieles confiados a su espiritual cuidado; en ella se ven, una vez más, su sincera adhesión a la Santa Sede y su creciente amor por las almas.

XXX. LA GUERRA DE APARICIO: SU INTERVENCION PACIFICADORA

Su corazón de padre se vió amargado a su llegada a la Patria, por hallarla ensangrentada con sangre de hermanos. A principios de 1870 había estallado la revolución de Timoteo Aparicio y no daba señales de concluir. Inmediatamente se puso al habla con algunas personas influyentes, para proyectar algo que llevara a la conclusión rápida de la guerra. Se combinó con dos amigos, Don Juan Quevedo y Don Nicolás Zoa Fernández, y se ofreció al Gobierno para ir en comisión con los señores citados al campo revolucionario y al del Gobierno y, previa autorización del Presidente de la República, hacer cesar las hostilidades y nombrar comisiones de ambos campos que propusieran bases para conseguir la paz.

El Presidente y el Jefe de la revolución aceptaron con grandes elogios la mediación del Sr. Obispo, y si los jefes gubernistas no hubieran desconfiado de esa mediación que no les convenía, la paz hubiera sido un hecho de inmediato; pero desgraciadamente no supieron apreciar los inauditos sacrificios del Sr. Vicario, que día y noche se ocupó de hacerles llegar su voz de paz, mientras ellos exigían formalidades imposibles de llenar en aquellas circunstancias. Un año duró todavía la guerra, y tal vez debido a cambio de Gobierno, se hizo la paz, lo que aprovechó el Sr. Vicario para emprender de nuevo sus misiones en la campaña.

XXXI. RENUEVA SUS MISIONES RURALES

Año a año las continuó con una convicción profunda de que su deber era visitar las más veces que pudiera, una por una, todas las parroquias y centros de la dilatada campaña uruguaya. Para apreciar este trabajo no perdamos de vista que estamos hablando de los años 1874 a 1881 y pensemos lo que era entonces nuestro país sin las carreteras ni los medios de locomoción que hoy tenemos. Y si en nuestros días resulta difícil y lleno de incomodidades el misionar en los diferentes núcleos de población de la campaña, calcúlese lo que sería en aquellos años en que no sólo la civilización material estaba atrasada, sino también la cultura general; en muchos lados ambas estaban en germen.

El Sr. Vicario pasaba varios meses en campaña y volvía a la ciudad para hacerse cargo del gobierno del Vicariato, cambiar compañeros y aprovisionarse para nuevas salidas y despachar los innumerables asuntos que reclamaban su presencia.

XXXII. GESTIÓN A LA CREACION DE LA DIOCESIS DE
MONTEVIDEO: MISION YEREGUI: PRIMER OBISPO
DE MONTEVIDEO: FUNDACION DEL SEMINARIO

En una de esas entradas a la capital gestionó, considerando un bien para el país, la erección en Diócesis del Vicariato; y se puso al habla con el Gobierno con ese fin. Muy bien recibida fué su idea por el Gobierno Nacional, tanto que, de común acuerdo con Mons. Vera, fué enviado a Roma el benemérito Don Inocencio María Yeregui, sacerdote íntimamente compenetrado del sentir del Sr. Vicario. Rápido fué su viaje, pues al poco tiempo volvía trayendo las Bulas necesarias para el cambio pedido, por haber aceptado la Santa Sede la proposición del Gobierno de la República de ayudar pecuniariamente al Sr. Obispo así como a su Seminario y a su Cabildo. El 15 de Julio de 1878 estaban firmadas por S. S. León XIII, las Bulas citadas y en ellas se establecía que la nueva Diócesis de Montevideo no era sufragánea de nadie y que, por lo tanto, su Prelado sería un Obispo que no dependería de ningún otro, sino directamente de la Santa Sede. El 18 de Octubre del mismo año Mons. Vera remitió al Gobierno las Bulas del Pontífice, a las que el Gobierno dió los trámites del caso; y así fué que, recién en Diciembre de 1878, fué expedido el decreto por el cual se designaba el día 8 de Enero de 1879 para que el Sr. Obispo prestara el juramento de práctica. Así lo hizo; y el Prelado, el 20 del mismo mes y año, publicó las Bulas y ordenó su cumplimiento desde ese día.

Al recibir en su persona el insigne y merecido honor de Primer Obispo de Montevideo, es decir de toda la República Oriental del Uruguay, la vida de Mons. Vera siguió siendo la del misionero insigne que todo lo sacrifica, todo lo inmo-

la ante el pesado deber que su cargo anterior le impusiera. Continuó en su obra predilecta; y ahondó más aun en sus propósitos de formar su clero a su lado. Para él su Seminario regido por los Padres de la Compañía de Jesús, fué una aspiración de toda su vida, y Dios le premió sus afanes permitiéndole que viera removidos todos los obstáculos y que pudiera bendecir la primera piedra del futuro edificio del que habían de salir tantos y tan meritorios ministros del Altar y que pudiera ver, en 1880, inaugurado el establecimiento con doce seminaristas, el primero de los cuales fué el digno y virtuoso actual Cura Vicario de Tacuarembó, el muy querido Pbro. D. Jaime J. Ros. Se acercaba el denodado luchador al final de su jornada; ya el fruto estaba maduro en la tierra, para ser cosechado para la gloria eterna.

XXXIII. PRESAGIOS DE UN CERCANO FIN: SUS DEVOCIONES PREDILECTAS: SU ACENDRADO AMOR AL CLERO REGULAR Y SECULAR

¿Previo Monseñor Vera que su fin se acercaba?

Todo nos hace creer que así fuera. No se dedicó con más fervor a sus obras, porque en ellas ponía toda su voluntad y todas sus energías que eran muchas. Sus familiares no le vieron prepararse, como para dejarlo todo; sin embargo, les llamaba la atención la frecuencia con que el Sr. Obispo decía: "le pido al Señor no permita que yo sea un viejo inútil y le digo que me gustaría morir trabajando y de enfermedad corta".

Había temporadas en que hacía como una recopilación de sus enseñanzas de toda la vida, y las prodigaba en sus sermones y en sus pláticas familiares. Sus devociones predi-

lectas eran el Sagrado Corazón a quien consagró la República en 1875; la Santísima Virgen de los Dolores, cuya imagen tenía en el Oratorio particular, la misma que después estuvo en el Oratorio del Ilmo. Mons. Isasa; y San José, de quien iba frecuentemente a hablar con las Religiosas de la Visitación y cuya devoción inculcaba, sobre todo en los nuevos hogares que él bendecía. Siempre amable, siempre caritativo gozaba en visitar a sus congregaciones, como él las llamaba, es decir, a las que él había hecho venir al país o que se habían establecido en el Uruguay en su tiempo: los Padres Jesuitas, Salesianos, Capuchinos, los Betharran, las Hnas. de la Caridad, Vicentinas, las del Buen Pastor, las Dominicas, todos recibían frecuentemente su visita y conocía uno a uno todos sus componentes. Es claro que, por más que trataba como a cosa propia a esas beneméritas comunidades, no por eso las anteriores a él, H.H. Salesas y del Huerto, fueron dejadas de lado, no; precisamente en esas Congregaciones es donde más vivo se conserva el recuerdo y la documentación escrita de sus bondades. Pues bien; todas estas casas y las de muchas familias de Montevideo, recibieron la visita de Don Jacinto Vera en los primeros meses del año 1881, todos pudieron despedirse de él antes de su última misión en la Tierra.

XXXIV. LA ÚLTIMA CUARESMA DE SU VIDA

Pocos días antes de la Semana Santa del año indicado, volvía a Montevideo el Sr. Obispo procedente del Tala, donde había ido a misionar y aprovechó los últimos días de la Cuaresma para predicar en todos los templos que pudo en la capital. A los pocos días presidió los Oficios y ceremonias de la Semana Santa en la Catedral y el día de Pascua fué saludado con gran afecto por todo su clero y por una gran

cantidad de seglares, a todos los cuales trató con redoblado cariño.

XXXV. SU ULTIMA MISION: MUERE TRABAJANDO

Unos días después, en medio de frías neblinas y de frecuentes y penetrantes lloviznas, salió para Maldonado con el P. Luquese, que fué su secretario desde que volvió de Santa Fe, con los Padres Jesuitas José Civit y Ramón Puig y con un sirviente que hacía de sacristán en las misiones, José D'Ascia, su acompañante de muchos años. Llegaron en la tarde a Pando de Azúcar con un tiempo horrible de lluvias, viento y frío; no obstante, se empezó la misión y el Sr. Obispo predicó con toda el alma, según los testigos; y luego siguió la distribución que había aprobado y en la que, como decíamos, tanta parte tomaba él. En uno de los días de la misión, se encontró mal y sus acompañantes alarmados del aspecto que presentaba, se decidieron a llamar médico; pero antes que éste llegara se dió cuenta el enfermo de que se moría y pidió los auxilios espirituales. El P. Civit le confesó y luego Don Miguel Esnaola, Cura de San Carlos, le administró la Santa Unción y el Viático que recibió con plena conciencia de lo que hacía. Diciendo luego: "Gracias a Dios que todo está hecho". Llegó el médico de Pando, Dr. César Piovene, y constató un ataque cerebral, pronosticando un triste y próximo desenlace.

Monseñor Vera tuvo tiempo de hablar con uno por uno de sus acompañantes y de reconvenir cariñosamente a su sirviente, que se había empeñado en pedirle perdón de lo mal que lo había atendido. Y así llegó la madrugada del 5 al 6 de Mayo de 1881. A las tres y cuarto de la mañana del día 6, Monseñor Jacinto Vera entregaba su alma al Señor.

XXXVI. LUTO UNIVERSAL Y OPINION DE SANTIDAD:
CAMINO TRIUNFAL: APOTEOSIS DE MONS. VERA

El país entero vistió de luto sin distinción de ideas. Todos tejieron el elogio del Santo, así lo llamaban, del Santo Obispo Vera, alabando todos su indiscutible bondad. La noticia corrió por todo el país; y, pueblo y Gobierno, se apresuraron a decretarle y discernirle los mayores honores que pudieron. Y así fué que desde Pan de Azúcar a Toledo, de Toledo al templo del Cordón y desde allí a la Catedral, día y noche, acompañaban al cadáver del Sr. Obispo miles y miles de personas de todas las clases y categorías, que decían deberle algún servicio. En el Cordón, en la sacristía, fué embalsamado el cuerpo, quedando depositado, debajo del altar mayor, el corazón del finado y sus vísceras llevadas a su querida Iglesia de Canelones. Su cuerpo fué conducido en apoteosis a la Catedral; y de allí, en el atrio, rodeado del Presidente de la República, altas autoridades, diplomáticos, Jefes del Ejército y distinguidas personalidades del clero y de los seglares católicos, el Dr. Juan Zorrilla de San Martín habló despidiendo a Mons. Vera en nombre del Club Católico. Habló el poeta de alma grande; y, sintetizando el sentir del pueblo, dijo: "Ha muerto el Santo..."; era el eco de aquella frase de los Franciscanos de Tierra Santa, que hemos mencionado: "Mons. Vera es un Santo". Y si por tal se le había tenido en vida, ¿qué tiene de raro que, al querer condensar en una frase su vida, se dijera lo mismo?

¡Monseñor Vera es un Santo! ¡Cuántas veces hemos oído decir esta frase a personas que le conocieron de cerca!

Su bondad llevaba a Dios; hacía buenos por acción de presencia; bastaba mirarle pasar tan dispuesto siempre a hablar con quien quiera que le abordase para sentir la influen-

cia de aquel varón de Dios. Los humildes, los pobres, los morenos, los chicos y los grandes, todos se acercaban al Sr. Obispo confiados, sabiendo que no incomodaban; todas esas afirmaciones y otras más como ser: el Obispo era el padre de los desgraciados, nadie se ha acercado a él en vano, y otras muchas por el estilo, se oyeron durante su vida y siguen oyéndose después de cincuenta años de su muerte.

Dicen las crónicas que un hombre habló una vez con Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, y que maravillado de la bondad del Santo, exclamó: "¡si el Obispo de Ginebra es tan bueno, cómo será la bondad de Dios!".

Del Primer Obispo de Montevideo, que aun no está en los altares, pudieron decir lo mismo todos sus contemporáneos y los que no siéndolo estudian su vida, llena de abnegación por sus semejantes y llena de amor a Dios y a su Santa Iglesia.

Su cuerpo estuvo en exhibición varios días en la Catedral, en el presbiterio bajo, para que todo el que quisiera pudiera verle por última vez. Allí fué el desfilar día y noche y el incesante orar de los fieles, que, más que el alma del Prelado, encomendaban a él sus asuntos y necesidades. Al principio fué puesto en el sitio del Altar Mayor, pero con mucha prudencia fué después colocado en el lugar que hemos dicho.

Pero eso no podía durar, como es natural, y se dispuso que fuera enterrado en el mismo sitio en que Montevideo entero lo había visto durante años y años sentado en su confesonario.

Antes de darle sepultura, le despidió del mundo el Pbro. Dr. Mariano Soler con una hermosísima oración fúnebre, en la que, entre otras cosas de gran valor, dijo las siguientes palabras:

"Su nombre será inmortal, recuerdo eterno de sublimes virtudes; y su vida, una leyenda santa, que pasará a las ge-

neraciones cual monumento perenne del que fué el más grande de los Prelados de la Iglesia Oriental”.

Y así como lo previó Mons. Soler, su discípulo predilecto, así ha sucedido. Han pasado 50 años desde aquel día de tristeza en que el futuro Primer Arzobispo de Montevideo pronunciara aquellas palabras, pero el recuerdo de Monseñor Vera es siempre de hoy. Su vida, sus modalidades, su criterio, se transmiten de padres a hijos en ferviente plática doméstica y las generaciones venideras se encontrarán como se ha encontrado la nuestra, con un nombre que siempre les será familiar y querido porque es el de un sacerdote, de un Obispo que vivió en plena inmolación y de quien como del Divino Maestro, su modelo, siempre se dirá con toda justicia que “pasó por el mundo haciendo el bien a manos llenas”.

INDICE

	Pág.
Introducción	3
Pequeño prefacio	5
I. Su niñez	9
II. Su adolescencia y juventud	9
III. Su vocación sacerdotal	10
IV. Sus primeros estudios y su servicio militar	11
V. Una prueba de su acrisolada honradez	11
VI. Sus estudios en Buenos Aires y sus penurias económicas	12
VII. Su ordenación sacerdotal	13
VIII. Su regreso a la patria	14
IX. Cura de Canelones: su gran popularidad	14
X. Vicario Apostólico: oposición que suscita	15
XI. Introduce en su Clero los Ejercicios Espirituales	15
XII. El gran misionero: primera gira de misiones rurales.	16
XIII. Cariñosa recepción en Montevideo	17
XIV. Su gran preocupación: la formación del Clero	17
XV. La persecución de las logias: laicización del Cementerio	20
XVI. El defensor de la mitra y de la tiara: el confesor de la fe: conflicto y destierro	22
XVII. Su vida en el destierro: gobierna su Vicariato desde la capital argentina	25
XVIII. Algunos sacerdotes se pliegan al gobierno: su energía con los cismáticos	25
XIX. El Gobierno cambia de táctica	26
XX. La proposición de Flores: su rechazo: la Cruzada Libertadora	27

	Pág.
XXI. Anulación del decreto del 8 de octubre 1861: y comisión del Dr. Requena: Prelado Doméstico de S. S. . .	28
XXII. Vuelta del destierro: entrada triunfal en Montevideo	28
XXIII. Reconciliación con el Gobierno; acto de pública reparación; la bendición de la Rotonda	29
XXIV. Reorganización del Vicariato: perdón a sus enemigos: enérgica benignidad	29
XXV. Asistencia a los heridos y famélicos en el sitio de Paysandú: en la isla de la Caridad	31
XXVI. El Obispo de Megara: su humildad y tenor de vida.	31
XXVII. Su heroica serenidad se impone	34
XXVIII. Su heroísmo en las epidemias	34
XXIX. Sus tres viajes a Roma: en Jerusalén: "El Obispo de Montevideo es un Santo"	34
XXX. La guerra de Aparicio: su intervención pacificadora.	35
XXXI. Renueva sus misiones rurales	36
XXXII. Gestiona la erección de la Diócesis de Montevideo: misión Yéregui: primer Obispo de Montevideo: fundación del Seminario	37
XXXIII. Presagios de su cercano fin: sus devociones predilectas: su acendrado amor al Clero regular y secular..	38
XXXIV. La última cuaresma de su vida	39
XXXV. Su última misión: muere trabajando	40
XXXVI. Luto universal y opinión de Santidad: camino triunfal: apoteosis de Monseñor Vera	41

